

de la *unidad de las fuerzas físicas*, que en mi humilde sentir, y apoyado en las irrefragables razones expuestas, debiera sustituirse por el de *semejanza y equivalencia de las fuerzas físicas*. Porque, efectivamente, si es cierto que en cuanto al objeto que se mueve podría admitirse la propalada unidad, no así en lo tocante al movimiento; pues nadie creo que se atreva á admitir unidad entre dos cosas que mutuamente se excluyen, cuyas propiedades esenciales sean opuestas, y en las que sea de necesidad la muerte de la una para el nacimiento de la otra, todo lo cual se verifica, como queda demostrado, en el movimiento. Ahora bien; si no se puede admitir, sin ponerse en abierta contradicción con los principios elementales de la *Cinémática*, unidad en los diversos movimientos observados en los fenómenos de la naturaleza; si la fuerza no es más que el movimiento de la materia, síguese que tampoco puede admitirse unidad en las fuerzas físicas.



§ II

LA ACTIVIDAD DEL ALMA EN LAS TEORIAS FÍSICAS EXPUESTAS

IV

La materia, ya se la considere en movimiento ya en reposo, es siempre inerte; por el contrario, el alma humana, aunque goce de plena quietud, es siempre activa.

RESUELTA la dificultad que nos obs-
truía el paso, es ya tiempo de con-
tinuar ahondando en los cimientos
de la colosal montaña que se levanta entre
las fuerzas físicas y las espirituales.

No falta quien crea destruido el prin-
cipio fundamental de la Mecánica, ó sea el
de la *ciencia de la materia*, por encontrar-
se ésta en continuo movimiento; mas

quien así discurre da palpables muestras de crasisima ignorancia en las leyes y teorías físicas, y, sobre todo, indica que tiene superficial y erróneo concepto de la *inercia*. No es ocasión de aducir los incontrastables argumentos existentes para evidenciar que el movimiento no es *esencial* á la materia; pero, aun dado que lo fuese, mientras no dejase de ser mecánico, como es el que en el universo contemplamos, el principio de la inercia de la materia sería la base de substentacion, el eje primordial de aquel incesante movimiento. No debe confundirse la inercia de la materia con la inacción y reposo de la misma; en el concepto de la inercia no entra solamente la incapacidad de la materia para ponerse por sí misma en movimiento, si que también la de no poder, una vez comenzado éste, volver al reposo por sí sola. De modo que ni el reposo es signo de inercia, ni el movimiento de actividad propia é independiente; antes bien el movimiento, cuando es continuo, regular y subordinado á leyes

fijas é invariables, es señal infalible de inercia en el objeto que lo posee. Pongo por caso: doy cuerda á un reloj, y comienza el movimiento de cada una de las ruedas y agujas, unas con más velocidad que otras, pero todas á una y con sumisión absoluta continúan dando vueltas hora tras hora sin detenerse un solo momento; en cambio tomo un amanuense, le alimento muy bien, le preparo el papel, pluma y tinta y el trabajo que me ha de copiar: se sienta á la mesa y comienza la pluma á correr sobre el papel, unas veces rápidamente y otras con más lentitud, y hay momentos en que da treguas á su trabajo reclinándose sobre el respaldo de la silla, quedando la pluma, tinta y papel en completo reposo, y luego vuelve á la tarea con nuevos bríos, hasta que la fatiga le rinda y crea oportuno suspender el trabajo por otros breves instantes, continuando, hasta dar cima al trabajo, en esta alternativa entre el movimiento y el reposo. En el reloj el movimiento es incesante y no

hay un momento de reposo, y sucede así precisamente porque las piezas de que se compone son *inertes*, y por eso incapaces de detenerse en el movimiento recibido sin la intervención de una fuerza extraña; por el contrario, en el trabajo del amanuense hay momentos de movimiento y los hay de reposo, lo cual demuestra que el que así obra no es inerte, puesto que, cuando le place, cesa el movimiento y vuelve á él cuando se le antoja. No es, pues, el movimiento continuado indefinidamente contrario á la inercia; antes bien, cuando es de la índole del observado en la materia, en el que se pueden de antemano predecir los fenómenos de él resultantes, la presupone; porque, si pudiera detenerse ó acelerarse la materia por sí misma, la mayor parte de las predicciones quedarían burladas y las leyes físicas serían un mito. Luego la materia es inerte, entendiendo por inercia la incapacidad de modificar su estado móvil; es decir, que si se le pone en movimiento, por sí misma no puede de-

tenerse; y si en reposo, tampoco puede por sí propia comenzar el movimiento.

De aquí se sigue que, si hay materia en movimiento, existe *algo no material* que se lo ha comunicado; y si hay materia que se detiene en la carrera comenzada, hay *algo no material* origen y causa de esa detención. Y como en el globo terráqueo á cada paso estamos observando movimientos y detenciones en la materia, síguese en buena lógica la existencia de ese *algo no material*, conocido con el nombre de *espíritu*.

Un timbre eléctrico me va á servir para sensibilizar lo expuesto: hállase la campanilla y el martillete que ha de hierla para producir el sonido y la armadura de los electroimanes, causa de los golpes que el martillete descarga sobre la campanilla, en completo reposo; por los conductores ni un átomo de electricidad corre; las pilas, como siempre silenciosas y olvidadas allá en el último rincón de la casa; en una palabra, todo el mecanismo, dispuesto para dar aviso de la presencia de los individuos que quie-

ren atravesar el dintel de nuestra morada, duerme el sueño de la inacción; mas llega la visita á la puerta, aproxima su pulgar al botoncito, y como si la voz omnipotente del Creador hiciese despertar á la materia, sin tiempo siquiera para desperezarse, la corriente sale disparada del polo positivo de la pila, recorre el conductor que con éste comunica, hace lo propio con el arrollado alrededor de los núcleos de los electroimanes, y regresa á la pila por el polo negativo, y desde allí vuelve á salir y á entrar instantáneamente una y mil veces; las otras piezas despiertan también desparvoridas, y comienza la armadura á oscilar, el martillete á golpear en el timbre y éste á esparcir vibraciones en todos sentidos; y este movimiento repentino de la materia, esta especie de agitación febril y acceso de vértigo de la misma, dura mientras no se le antoje quitar el dedo del botoncito al que por su voluntad produjo todo este alboroto y frenesí en la materia. Y no sin razón uso de estos símiles, que á alguno parecerán

exagerados; porque, si bien se consideran las cosas, la materia entra en movimiento compelida por la fuerza como si tuviese propensión ingénita al reposo; y no sirve decir que en cambio, cuando comienza á moverse, no sabe parar y llega á adquirir vertiginosos movimientos, pues precisamente esa misma cualidad es nueva prueba de su nativa inacción; pues en tanto no se detiene en cuanto que, para detenerse, le sería necesario hacer un esfuerzo. No es signo de actividad el que un coche se precipite por una pendiente, adquiriendo á cada instante nueva y más peligrosa velocidad, sino de abandono é inacción en el cochero, que por medio de las galgas debía templar la inconveniente marcha, que puede convertirse en espantoso desastre.

La materia; ya se la considere en reposo, ya en movimiento, se la ve siempre muerta, siempre incapaz de avanzar ó retroceder un paso, siempre inerte. En cambio el espíritu, el alma, siempre en movimiento, siempre en acción, siempre viajan-

do por el inmenso y deslumbrador mundo de las ideas, siempre latiendo á impulsos del amor; en una palabra, haciendo siempre, y á veces contra toda razón, lo que le viene en talante, lo que se le antoja, la voluntad propia.

Lánzase un hombre á carrera tendida por una cuesta abajo; todas las fuerzas físicas le compelen á avanzar más y más en su carrera, y á aumentar progresivamente la velocidad primitiva; y si no llevase dentro de sí ese destello de la luz increada, ese aliento soberano emanación de la omnipotencia del Creador, así sucedería, como se verifica en otro ser cualquiera puramente material; más saltando por encima de todas las fuerzas y leyes físicas, hollándolas con su soberana planta, como rey y señor que es de la creación, refrena á esas fuerzas, las doma como el jinete al caballo, y hace alto y termina su carrera donde bien le agrada.

Innumerables verdaderamente, y de cotidiana experiencia, son los fenómenos,

que con voces poderosas y palabras bien claras, solamente no oídas y entendidas por los que de intento cierran sus oídos á cal y canto, nos anuncian la distinción esencial entre la materia y el espíritu; distinción análoga á la existente entre la inercia y la actividad independiente, entre la muerte y la vida.

